LA MISA MOZÁRABE

Los liturgistas discuten sobre el origen de nuestra antigua liturgia española. ¿Cómo y cuándo se formó? ¿Cuáles son en ella las partes autóctonas? ¿Cuáles las importadas de otras liturgias o países? ¿Procede directamente del Oriente, o es una de las varias ramas de la familia oriental? Para responder a estas preguntas se necesitaría hacer un estudio analítico y comparativo de todos nuestros textos litúrgicos tan ricos y tan variados, tarea sumamente difícil y casi virgen todavía. Vamos, sin embargo, a hacer ese examen en uno de los puntos centrales de todas las liturgias cristianas, la Misa.

El cuadro completo y exacto de los ritos y ceremonias, que componían este acto, nos dará tal vez alguna luz para resolver esta cuestión sumamente interesante. Vamos a intentar reconstituirle con ayuda de los cánones conciliares de la Iglesia española, de los escritos de los Padres visigodos y de los libros litúrgicos mozárabes.

La Misa solemne suponía una entrada triunfal, como nos cuenta San Agustín de la Iglesia africana de su tiempo. (1) El obispo aguardaba en la sacristía o en su palacio. En torno suyo se reunía el clero catedralicio al frente del arcediano con los hábitos de la iglesia. Estos vestidos eran el *orario* y la *casulla*. En el siglo VII sólo los sacerdotes y los diáconos llevaban el orario, pues el primer concilio de Braga en su canon IX ordenó que los diáconos llevasen el orario al descubierto, y no debajo de la túnica, para distinguirse de los subdiáconos. El IV de Toledo (canon XXVIII) añade, que debían colocarlo sobre el hombro izquierdo, a diferencia de los sacerdotes, que lo llevaban sobre el cuello y el pecho sin cruzar. En el siglo IX, este orario, equiva-

(1) Civit. Dei, XXII, 8.

lente a la estola romana, se había extendido a todos los eclesiásticos. De su forma sabemos que era pequeño y ligero, *parvus et lenis*. Los simples clérigos lo llevaban en el lado izquierdo, *in sinistris lateribus;* los subdiáconos en la mano izquierda, *in sinistras ulnas*, recordando el manípulo de la liturgia romana; los diáconos en los hombros, *in humeris*, y los sacerdotes sobre el cuello y el pecho, *super colla et pectora* .[1] Además todo clérigo llevaba al cuello el *enebladio*, paño blanco que recuerda el amito actual. La casulla era un amplio manto sin mangas que colgaba casi hasta los pies por todos los lados. Para poder actuar en la misa había que levantar el ruedo a derecha e izquierda, y recogerle en los brazos. Las actuales casullas góticas dan una idea de lo que era la antigua casulla mozárabe. Llamábase también *planeta*. Se parecía en la forma a la cogulla monástica, y San Isidro las define con los mismos términos .[2] Las casullas de los obispos llevaban el aditamento del capuchón, como se puede ver en todas nuestras miniaturas medievales, y esto es, dice Leovigildo de Córdoba, porque los siete varones apostólicos, que ordenaron los usos litúrgicos propios de España, eran monjes [3].

Reunido el clero en torno del obispo, el cortejo se dirigía lentamente a la basílica. Los diáconos iban delante agitando los turíbulos, y los demás clérigos rodeaban al prelado. A ellos se juntaban sin cesar grupos de curiosos y devotos .[4] De San Másona, el gran enemigo del arrianismo en Mérida, nos dice su biógrafo, que cuando se dirigía a la catedral para ofrecer el santo sacrificio el día de Pascua, parecía un rey. Iba escoltado de una muchedumbre innumerable de jóvenes y niños, vestidos con brillantes túnicas de sedas .[5] Hubo prelados que se hacían llevar en andas por sus clérigos, pretextando que tenían colgadas al cuello las reliquias de los mártires; pero este exceso de ostentación fué suprimido a mediados del siglo VII por el tercer concilio de Braga[6].

El celebrante caminaba recogido. Un ritual silense del siglo XI trae la siguiente rúbrica: «Desde que te pones las vestiduras

(1) Leovigildo de Córdoba, De habitum clericorum, cap. VII.
(2) Etimologías, lib. X, cap. 24.
(3) De habitum clericorum, cap. X.
(4) Vitae Patrum Emeritensium (España Sagrada, XIII, 352).
(5) Idem, ibidem, p. 360
(6) Con. Bracar. III, can. 5.

sagradas y empiezas la misa, hasta que la terminas y dejas las vestiduras en su sitio, no hables una sola palabra, si no es con Dios. Que El oiga tu oración» Entretanto, un coro de clérigos que formaba parte del cortejo interpretaba un cántico apropiado a la festividad. Correspondía al *introito* romano, la *entrada*, que fué introducido en el siglo IV, para acompañar esta marcha episcopal. El introito es por su origen un canto de marcha. En España se le llamaba *prælegendum*, es decir, *antes de las lecturas;* y el mismo nombre llevaba en la liturgia galicana. Este mismo carácter de introducción tenía en todas las liturgias orientales el *trisagio*, que los obispos españoles agregaron a la misa alrededor del año seiscientos. He aquí la primera influencia bizantina en la misa mozárabe. Cantábase en latin y en griego, y aunque había varias redacciones, la más corriente fué esta que puso San Ildefonso en su misa de la Virgen (18 de diciembre): «Agios o theos, agios hyskiros, agios athanatos, eleison emas.» Seguía el *Gloria Patri*, cantado también en griego.

El trisagio pasó de España a Francia con la forma que aparece en la misa mozárabe de Navidad: «Sanctus Deus, qui sedes super cherubin, solus invisibilis; Sanctus fortis qui in excelsis glorificaris vocibus angelicis; Sanctus inmortalis, qui solus es inmaculatus salvator, miserere nobis.» [1] Como se ve, el trisagio entraba en España al mismo tiempo que el *Kyrie eleison*, que es una reducción de aquél, entraba en Roma al impulso de las mismas influencias del Oriente.

Más tarde, entre el *prælegendum* y el trisagio se introdujo el *Gloria in excelsis Deo*. El *Gloria* como parte de la misa, es romano. Los visigodos le cantaban únicamente en las vigilias de la noche; pero a ejemplo de Roma, no tardaron los mozárabes en darle un puesto dentro de la liturgia sacrificial. Ya a fines del siglo VIII nos dice Beato de Liébana que se cantaba todos los domingos y fiestas principales. [2] El Antifonario de León, que representa los usos litúrgicos de la segunda mitad del siglo X, lo trae adornado con neumas; [3] y en la misa de San Juan Bautista pone esta rúbrica, según la cual debía cantarse en la mayor

(1) *Antiphon. Mozar* de la Catedral de León, editado por los Padres de Silos (León 1928) p. 38.
(2) *Ad Elipandum epist.* libr. I. *(Patrol. lat.*, tomo 96. col. 935.)
(3) *Antiphon. Moz*, p. 234.

parte de las solemnidades: «En vez del gloria in excelsis Deo, hoy se dice el cántico Benedictus.» [1] Este cántico era de cepa más occidental y española. Llevaba el nombre de *Benedictiones*, y consistía en tres o cuatro versos del himno que cantaron los tres niños en el horno de Babilonia. En el siglo VII, algunos sacerdotes, influidos sin duda por los usos romanos, habían tomado la costumbre de omitir este cántico; pero el concilio IV de Toledo, dirigido por San Isidoro, protestó contra esta omisión, ordenando «que en todas las iglesias de España y de la Galia, durante las misas solemnes, se cantase desde el púlpito el himno de los tres niños, incurriendo en pena de excomunión los que abandonasen esta nuestra antigua costumbre.» [2]

Mientras el coro o los cantores entonaban estos cantos preparatorios, el sacerdote había permanecido en silencio. Sólo al llegar al altar se había inclinado profundamente, rezando en voz baja una oración que no fué fijada definitivamente hasta el tiempo de San Julián de Toledo. [3] Al fin, habiendo callado el coro, saludaba al pueblo con esta fórmula, algo distinta de la fórmula romana de salutación: *Dominus sit semper vobiscum.*

En este momento empezaba a actuar el diácono, cuyos servicios eran indispensables en la antigua misa mozárabe. «Sin el diácono, dice San Isidoro, el sacerdote tiene el nombre, pero no el oficio». [4] Su misión era ayudar al sacerdote, y poner al pueblo en comunicación con él. Su voz imponía silencio, llamaba la atención en los momentos solemnes de la ceremonia, determinaba las actitudes de la concurrencia y la despedía cuando terminaba el acto. San Isidoro dice: «El diácono es a manera de pregonero que advierte al pueblo cuando tiene que orar, ponerse de rodillas, salmodiar o escuchar las lecciones». [5] En otra parte ordena el Arzobispo de Sevilla: «Si alguno llega a la iglesia mientras se celebra la lectura, adore sencillamente al Señor, y signando su frente preste atento oído. [6]

Según el rito de España y de todas las Iglesias orientales

---

(1) *Ibid.* p. 164.
(2) *Concil. Tol.* IV., can 15.
(3) Empezaba: *Accedam ad te, Domine* (Cf. *Patrol. lat.* T. 92, p 760).
(4) *De Ecclesiasticis Officiis*, l. II, cap. 8.
(5) Ibidem.
(6) Ibidem, l. I, cap. 10.

que habían conservado la costumbre de la primitiva Iglesia, el diácono imponía silencio con las palabras consagradas: «Silentium facite». Haced silencio. Era la señal de que iban a comenzar las lecturas. Las lecturas eran tres: una del Antiguo Testamento, otra de las epístolas, llamada por eso *el apóstol—apostolorum—*, y otra de los Evangelios. El libro que las contenía llevaba el nombre de *compañero, comes* o *liber comicus*. Durante el tiempo pascual, lo mismo en España que en Francia, las dos primeras lecturas se sacaban, respectivamente, del Apocalipsis y de los Actos de los apóstoles. Para leer los trozos del Antiguo Testamento estaba el orden ecclesiástico de los lectores. Los diáconos leían siempre la Epístola y el Evangelio. El subdiácono no tenía ninguna misión de este género. (1)

Las tres lecturas fueron al principio un rasgo común de todas las liturgias. En Roma desapareció casi enteramente la primera desde el siglo v; en Milán subsistió algo más; en Africa no había una costumbre bien definida. «Vuestra caridad, dice San Agustín, en un sermón, ha oído la primera lectura, que era del profeta Isaías... Después han resonado las palabras apostólicas». (2) En cambio otra vez, se expresa de esta manera: «La primera lección que hemos oído estaba sacada del Apostol». (3)

El misal de Bobbio, testigo de la liturgia galicana en el siglo VII, sólo conserva la primera lección algunos días. En la liturgia mozárabe, lo mismo que en las de Oriente, quedó perpetuada la tradición primitiva.

Después de la primera lectura, el coro entonaba una pieza musical que se llamaba *psallendum*, porque estaba casi siempre sacada de los salmos. Correspondía al *psalmellus* de Milán, al *responsorio* galicano y al *gradual* de la Iglesia romana. Después de la tercera lectura se cantaban las *laudes*, equivalentes al *Aleluia* de Roma. «Laudes, dice San Isidoro, hoc est Alleluia canere». A principios del siglo VII hubo una tendencia a decir estas *laudes* a continuación de la Epístola, como en Roma; pero también aquí intervino la autoridad de la iglesia española, y un

---

(1) San Isidoro. *Epist. ad Leudefredum.*
(2) Sermo XLV, 1.
(3) Sermo CLXXVI, 1.

canon del cuarto concilio de Toledo las colocó definitivamente después del Evangelio. [1]

La lectura del Evangelio revestía mayor solemnidad. «Entonces es, dice San Isidoro, cuando se encienden las luminarias, y los acólitos las llevan para la lectura de la palabra de Cristo y para la celebración del sacrificio». [2] Beato de Liébana nos hace de esta ceremonia una descripción que vale, por lo menos, para su tiempo. El diácono imperaba nuevamente el silencio para significar el especial respeto que se debía a esta perícope de los santos libros; después se dirigía al altar para coger el *comes*, y al cogerle decía: *laus tibi*, a lo cual respondía todo el pueblo:

«Laus tibi, Domine Jesu Christe, rex æternæ gloriæ».

Dicho esto, el cortejo se dirigía hacia el ambon. «Precedía la luz de los cirios en señal de júbilo por el anuncio de la buena nueva.» Una vez en el púlpito el diácono anunciaba la lectura: *Lectio Sancti Evangelii...*, y como en la liturgia romana se respondía: *Gloria tibi, Domine.* Estas palabras las decía toda la concurrencia, juntando y levantando las manos. [3] A este propósito dice un códice visigótico de San Millán: «Es sabido que los españoles juntamos las palmas de las manos, cuando se nos lee el Evangelio.» [4] Esta ceremonia tenía una solemnidad especial cuando pontificaba el obispo. Este se dirigía al púlpito, precedido de todos sus diáconos y de la cruz de oro. Cuando llegaban, el obispo saludaba al diácono, diciéndole, como en la antigua liturgia romana: *Pax tibi;* y el diácono comenzaba el Evangelio. Una vez terminado, «los ancianos adoraban al obispo» y la comitiva dirigíase nuevamente al coro, llevando delante la cruz y el evangeliario o *liber comicus*. Entretanto los cantores interpretaban las *laudes*. Llegados delante del altar, la cruz de oro y el *comes* se llevaban al *preparatorio* o sacristía; pero junto al altar quedaba todavía la cruz de plata, que había de llevarse delante del obispo, donde quiera que fuese. [5]

Los domingos y días festivos, al terminar el Evangelio, se leía desde el púlpito mismo el sermón señalado expresamente en el

(1) Conc. Tolet. IV., can. 12.
(2) *Isid. epist. ad Leudefr.*
(3) *Beati epist. ad. Elipandum* L. I, 66 (Patrol. lat. XLVI, 935).
(4) Germán Prado, Manual de Liturgia visigótica (Madrid, 1923)
(5) *Antiphonarium mozarabicum*, págs. 90 y 110.

Homiliario, y en las fiestas de los santos, en lugar del sermón se leía su vida.[1] El pueblo permanece de pie, y en esa actitud estará durante toda la función, arrodillándose sólo en algunos días de penitencia. El concilio de Nicea, que figuraba al frente de la colección canónica española, prohibía rezar de rodillas el domingo, las fiestas solemnes y el tiempo pascual (can. 20.) Hacia el siglo VII, en Roma, se permitió a los fieles apoyarse sobre un bastón, y la misma costumbre debió extenderse por la España visigótica.

Terminada la homilía, empezaba la misa propiamente dicha con la preparación del altar. Era el diácono quien debía disponer sobre él todas las cosas necesarias para el sacrificio. El altar mozárabe, tal como le vemos en nuestras antiguas miniaturas y en algunas iglesias antiguas, por ejemplo, en las catacumbas de Tarrasa y en la basílica visigótica de San Pedro de la Nave, era sumamente sencillo: una piedra que se apoyaba en el centro sobre una columnita. Encima colgaban los candelabros, y en los días solemnes las cruces y coronas de oro. En el fondo del ábside abría una alacena donde se guardaban los libros sagrados, la reserva o las arquetas de las santas reliquias. La mesa del altar estaba cubierta de paños, que ya San Isidro llama corporales. Contra la costumbre oriental, estos paños no eran de seda en la España visigoda, sino de lino.

El cáliz se cubría con una tela mucho más rica, bordada y recubierta, con frecuencia de oro. En los documentos hispanolusitanos de los siglos IX y X se leen expresiones como estas: *Pallea de super calice auro textile... Corporale pallea de super calice mirifice composita.* Se ve por estos documentos, que esa tela se llamaba ya *palia*, según la terminología romana. El cáliz, dice San Isidoro, debe ser de oro o de plata. Sólo en una iglesia pobre o en un caso urgente podían utilizarse vasos de barro o de madera. La copa de marfil mozárabe que se conserva en la catedral de Braga, no debió utilizarse nunca para el servicio litúrgico. En el cáliz, según el mismo San Isidoro, debía mezclarse el agua, símbolo del pueblo, y el vino «símbolo de la sangre de Cristo». «Todo ello, continúa el Santo Doctor,

(1) Braulio de Zaragoza, *Vita S. Emiliani*, n. 2, Patr. lat. XLXXX p. 709.

santificado por el sacerdote, pasa a ser el cuerpo y la sangre de el Señor». Así en ese rito, al parecer insignificante, veía la Iglesia visigoda de la unidad del sacrificio de Cristo y del cristiano.

El pan debía ser ácimo. Es verdad, dice San Isidoro, que parece sentir algún tanto no poder seguir en este punto sus tendencias orientalistas; es verdad, que la Iglesia de Oriente usa el pan fermentado; pero aunque esto no pertenece a la esencia del sacramento, es un hecho que en la Ultima Cena Cristo consagró con pan ácimo. El concilio III de Braga, en su canon primero, protestó contra la costumbre de algunos sacerdotes que, resabiados todavía en pleno siglo VII de encratismo priscilianista, se resistían a usar el vino en el Sacrificio de la misa, y, en su lugar, hacían uso de la leche. Algunos años más tarde, en 693, los Padres del concilio XVI de Toledo amatematizaban el abuso de otros sacerdotes que no sólo consagraban pan fermentado, sino que de los panes preparados para sus usos particulares cortaban un pedacito, le daban una forma redonda y lo llevaban al altar. «El pan que se ha de santificar con la bendición sacerdotal ha de ser íntegro y limpio, ni de un tamaño muy grande, ni una ofrenda demasiado pequeña, preparado expresamente para eso, de suerte que si algo queda se pueda reservar con respeto en un pequeño loculo, y si hubiere de ser tomado entero no cause ningún daño al que lo toma». [1]

Mientras los fieles presentaban la ofrenda, de la cual se sacaba el pan y el vino que habían de servir para el Santo Sacrificio, el coro cantaba una antífona, llamada por eso *sacrificium*, y equivalente al ofertorio de la misa romana. El sacerdote bendecía e incensaba la ofrenda, pero esta incensación, según nos dicen los Padres visigodos, no era precisamente una muestra de honor y respeto. Considerábasela como un preservativo de enfermedades, desgracias y de cualquiera influencia del enemigo. Por eso, aunque no nos lo dice ninguna rúbrica, es casi seguro que se incensaban las ofrendas para purificarlas y librarlas de todo contacto maligno.

A continuación se distribuían parte de ellas, las que no habían de ser consagradas, entre aquellos que no habían de comulgar. Estas ofrendas bendecidas se llamaban *euloguias*.

(1) *Concil. Tolet.* XVI, can. 6.

Había llegado el momento en que se despedía a los catecúmenos, a los penitentes, a los judíos, a los infieles y a los heréticos. En todas las iglesias esta despedida se realizaba inmediatamente después de la homilia, y así se practicaba también en España hasta el siglo VI. El concilio de Valencia del año 524 disponía «que el Evangelio se leyese después del Apóstol y antes de traer los sagrados dones, a fin de que no sólo los fieles sino también los catecúmenos, los penitentes y todos aquellos que no están con nosotros, puedan oir los preceptos de Nuestro Señor Jesucristo y la homilia del sacerdote». (1) El envío de los que no podían tomar parte en la comunión parece haberse retrasado hasta después del ofertorio durante el siglo VII, a fin de que al menos llevasen las *euloguias*. Era el diácono quien les invitaba a salir, pronunciando estas palabras: «Si hay algún catecúmeno, que salga fuera». (2) Al faltar las conversiones de personas mayores y el bautismo de adultos, este rito perdió su sentido. Sin embargo, todavía en el siglo X se le seguía practicando en ciertos días de cuaresma. En el antifonario de León leemos esta rúbrica: «Cuando el coro acaba de cantar el *sacrificio*, dice el diácono: Orad los competentes y humillaos ante el Señor; y terminada vuestra oración dad gracias a Dios todos juntos y decid: *Amén*». *Amén*, responden todos. Unos instantes después el diácono volvía a tomar la palabra, diciendo: Acercaos a recibir el sello divino y marchaos en paz. Los catecúmenos se presentaban delante del sacerdote, mejor dicho, les presentaban sus padres y padrinos; el sacerdote hacía la señal de la cruz sobre su frente, y terminada esta ceremonia se retiraban. (3) Seguía el envío de los penitentes con algunas oraciones parecidas, que aún conserva la actual liturgia toledana. En los últimos tiempos de la liturgia mozárabe los penitentes podían oir la misa entera, pero desde un lugar destinado para ellos en la iglesia.

A continuación el sacerdote y el diácono se lavaban las manos, para quitar los restos que pudieran podido quedar al recibir, distribuir y disponer las ofrendas. Nada nos dicen los libros li-

(1) *Concil. Valent*, can. 1.
(2) San Isidoro, *Etimologías*, VI, 19.
(3) *Ant. Mozár.*, pág. 90-91.

túrgicos sobre el momento en que se realizaba esta ceremonia, pero sabemos que existía, pues San Isidoro refiere que uno de los oficios del subdiácono era llevar el aguamanil y la toalla para lavar las manos junto al altar a los obispos, sacerdotes y diáconos.[1] Un códice silense del siglo XI nos dice que el sacerdote se lavaba las manos antes de revestirse, pero esta costumbre, lo mismo que las oraciones que debían decirse al ponerse cada uno de los ornamentos, fueron introducidos en época muy tardía bajo la influencia cada vez más sensible de los usos romanos.[2]

Todo estaba dispuesto; habían salido los que no eran dignos de participar del cuerpo del Señor, y quedaban sólo los fieles. A la puerta vigilaban los ostiarios, que todavía en la época visigoda formaban una orden eclesiástica con la misma finalidad que tenían en los primeros tiempos de la Iglesia.

Un concilio celebrado en tiempo de Recaredo, manda que los ostiarios levanten las cortinas de la entrada cuando han de pasar los ancianos.[3] A ellos incumbía colocar en orden a los asistentes, las mujeres a la izquierda, los hombres a la derecha, evitando en el templo toda confusión y alboroto. El sacrificio iba a comenzar. Nuevamente el diácono imponía silencio, y después añadía:

—*Deo gracias.*

—*Semper agamus,* respondía el pueblo, y el sacerdote daba comienzo a la primera de las siete oraciones que componían la misa mozárabe, el *canon* de la antigua iglesia española.

Era un *canon* distinto siempre, y en esto está la riqueza de aquella venerable liturgia. Cada día del año tenía sus oraciones propias, oraciones que se caracterizan con raras excepciones, por una extraordinaria opulencia literaria. La liturgia romana se caracteriza por su sobriedad, la mozárabe es el polo opuesto. También en esto tiene estrecho parentesco con las liturgias orientales. Abundante, conceptuosa, grandilocuente, sutil, amiga del retruécano, de la frase ingeniosa, estilo agustiniano del juego de palabras, de la antítesis, de cierto ritmo interno y externo, del verso y de la rima asonantada. La misa de San Mateo, por ejemplo, está casi toda compuesta de versos asonantes y consonantes.

(1) *Epist ad. Leudefredum.*
(2) Dom. Ferotim. Lib. Ordinum, p. 230.
(3) *Concilium Narbonense,* con. 12.

Al lado de estas características, muy propias del género español, exacerbadas por el influjo de los Padres africanos desde San Agustín hasta San Fulgencio de Ruspe, encontramos piezas de una elocuencia soberana, de una delicadeza exquisita, de una piedad ferviente y de una profunda teología. En esto último no se le puede comparar ninguna otra liturgia, ni siquiera la romana. Es una teología sabia, sutil, exacta y llena de unción; es una literatura algo pretenciosa tal vez, pero cálida, piadosa, noble, efusiva, elevada y rica de sensibilidad. «La insistencia sobre un mismo rasgo, el realismo del detalle, cierta rudeza de expresión, la grandilocuencia y juntamente con esto la riqueza, la abundancia y el vigor del pincel, he aquí lo que encontramos en esta liturgia». (1)

Todo esto puede aplicarse a ese magnífico arsenal teológico y literario que se llama *Liber sacramentorum*, el misal de la Iglesia mozárabe, aunque haya en él composiciones de siglos muy distantes, desde el v, en que parece adquirir personalidad propia nuestra liturgia, hasta el xi en que muere suplantada por la romana. Las misas de San Pedro, de San Martín, de Pascua y de San Saturnino, son anteriores a la conversión de los visigodos. No pocas fueron compuestas después de la invasión arábiga, v. gr., las dos misas de la Asunción de la Virgen, la de San Clemente, las de San Agustín y San Jerónimo, las de San Mateo y San Bartolomé, y acaso también la de San Juan Evangelista. Pero es en el siglo vii cuando se formó la mayor parte de nuestro sacramentario, por obra de los grandes Padres visigodos, de San Isidoro, San Ildefonso, San Eugenio, San Julián, San Braulio y otros muchos entre los cuales hay que colocar, después de la publicación del Antifonario de León, a Balduigio de Ereávica, que vivía en tiempo de San Ildefonso, y a Rogato de Baeza, contemporáneo de San Julián. Las misas de Jueves Santo, de la Ascensión, de Difuntos, de San Vicente, de Santa Eulalia, de San Millán y de San Andrés, llevan el sello de esta época.

En la España visigoda se llamaba de una manera especial *misa*, a la primera de las siete oraciones que se rezaban durante

---

(1) Dom Cabrol, *Les origines liturgiques*, pág. 118.

el santo sacrificio. *Misa* significa envío, despedida; por eso recibía este nombre la fórmula, que se decía inmediatamente después de salir los catecúmenos y penitentes. «La misa en el tiempo del sacrificio, dice San Isidoro, es cuando se envía a los catecúmenos, y de aquí el nombre» (1). Ya San Agustin había dicho: «Ecce post sermonem fit *missa* cathecumenis; manebunt fideles.»

Esta primera parte del canon mozárabe tiene carácter de homilía, y empieza siempre con las palabras: *charissimi fratres*, o *fratres dilectissimi*. San Isidoro, que ha señalado la nota característica de las oraciones de la misa mozárabe, dice hablando de la primera: «Es una exhortación al pueblo, para que sus corazones se levanten a orar a Dios.» (2) Casi siempre se inspira en la vida del santo que se celebra, o en el misterio de la fiesta. Tal vez esta oración no fué al principio más que el sermón que se decía antes de despedir a los catecúmenos, trasladado a este lugar por influencia de los formularios que empezaron a aparecer en los siglos IV y V para ayudar al sacerdote en la celebración de la misa. Sabido es que al principio el celebrante improvisaba las oraciones de la misa, lo mismo que el sermón. Al aparecer los formularios era natural que antes de las oraciones se colocase la homilía, y tal vez de esta manera llegó la homilía a formar una parte integrante de la misa mozárabe. Lo cierto es que esta fórmula no aparece en ninguna otra liturgia.

Después de haber dispuesto el corazón de los fieles, el sacerdote se dirigía a Dios, «para moverle a recibir piadosamente las oraciones del pueblo y su ofrenda.» Por eso al terminar, el pueblo respondía: *Amén;* así como había dado remate a la fórmula anterior con la exclamación griega: *Aguie, Aguie, Aguie.* Esta segunda oración, distinguida con el nombre genérico *Alia*, recordaba la secreta de la liturgia romana.

Venía a continuación la lectura de los *dipticos*, dos tablillas donde estaban escritos los nombres de los vivos y los muertos, por quienes se iba a ofrecer el sacrificio. A la voz del diácono: *Erigite vos*, el público tomaba una actitud expectativa. Nuestra liturgia se coloreaba aquí de un extraordinario dramatismo. Era un verdadero diálogo entre el diácono y la concurrencia. Prime-

(1) Etimologías, V, 19.
(2) De Eccles. Offic., I, cap. 15.

ro, el diácono pronunciaba los nombres de los santos más venerados, y el pueblo respondía:

—*Aguios, Aguios, Aguios, Domine, Deus, Rex terræ; tibi laudes et gratias.*

A continuación el diácono iba recordando por grupos todos aquellos por quienes se ofrecía el Santo Sacrificio: los obispos, con quienes el celebrante estaba en comunión; y en primer lugar el obispo de Roma *Papa romensis;* los presbíteros, los diáconos y el clero en general; el cristiano por quien se ofrecía el Sacrificio de una manera especial, la congregación toda del pueblo, «y las almas y espíritus de los difuntos, para que el Señor les coloque en los coros de los bienaventurados». A cada cláusula confirmaba la respuesta del pueblo: —*Præsta, æterne, omnipotens Deus;* y el sacerdote, que había estado atento al diálogo, recogía en la tercera oración las intenciones recomendadas. Por venir después de la lectura de los dípticos, esta oración se llamaba: *Post nómina.*

A ella seguía la oración de la paz: *Ad pacem,* que podía ser cantada. Al terminarla, el sacerdote dirigía a los fieles este saludo paulino, tomado de la liturgia bizantina, que también lo trae en este momento:

Gratia Dei Patris omnipotentis, pax et dilectio Domini nostri Jesu Christi, et communicatio Spiritus Sancti sit semper cum omnibus vobis.

Luego el diácono anunciaba el ósculo de paz, diciendo:

—Daos la paz en el mismo lugar en que estais; los hombres a los hombres, las mujeres a las mujeres.

El coro entretanto cantaba una antífona apropiada al momento. La cuestión del punto que debía ocupar en la misa el beso de la paz, fué muy discutida antiguamente. En Milán se seguía el mismo orden que en España: la procesión de la ofrenda, la oración del velo, la lectura de los dípticos y el ósculo. Otro tanto se hacía en Francia, según las epístolas del pseudo-Germán. En las Iglesias orientales la paz se da también antes de la consagración. Sin embargo, en 416, el papa Inocencio I se queja de esta costumbre en su carta famosa a Decencio, obispo de Gubbio. En el siglo v la paz se daba ya en Roma inmediatamente antes de la comunión. No es esta, al parecer, la práctica primitiva.

Precisamente, tenemos para la misma Iglesia de Roma, en el siglo II, un testigo de mayor excepción, San Justino: «Terminadas, dice, las oraciones que rezamos juntos nos saludamos unos a otros con el beso de la paz. Después, el que preside entre los hermanos, tomando el pan y el cáliz donde está el vino, mezclado con agua, ofrece al Padre común de todos, en nombre del Hijo y del Espíritu Santo, la alabanza y la gloria que le es debida, y emplea largo tiempo en la celebración de la Eucaristía». Parece evidente que el uso más antiguo es el que se seguía en la liturgia mozárabe. El ósculo de paz acababa de poner un poco de movimiento en la asamblea; los espíritus se habían distraído un instante del altar; pero la voz del diácono volvía a recoger la atención de los fieles con la exclamación preparatoria de la quinta oración.

—*Aures ad Dominum*, decía el diácono.

—*Habemus ad Dominum*, respondía el pueblo.

Inmediatamente el celebrante comenzaba la *Iulación*. La iulación—*illatio*—corresponde al prefacio romano. Llamábase así porque momentos antes acababan de llevarse al altar las ofrendas. Nominal y realmente equivale a la anáfora griega. Acordémonos de las palabras del concilio de Valencia de 524: *ante munerum illationem*. Esto es un indicio de que las oraciones anteriores son de época posterior. Su introducción vino a separar la iulación de la ofrenda, con la cual sólo se relacionaba ya por el nombre. Esta pieza, la más larga de la misa mozárabe, era unas veces un himno entusiasta, inspirado en la solemnidad del día; otras una tesis en regla sobre los misterios de la fe; y siempre una composición oratoria llena de imágenes que nos recuerda el estilo. «En ella, dice San Isidoro en el lugar ya citado de su libro *De Ecclesiasticis Officis*, se invita a todas las criaturas a alabar a Dios, y por eso termina en el Hosanna.» Enardecido por el entusiasmo del sacerdote, prorrumpía el pueblo en una magnífica aclamación que tiene su equivalente en el *Sanctus* romano, aunque era mucho más ampulosa.

A estos júbilos del coro, el celebrante respondía *Hosanna in excelsis;* y continuaba con la oración *Post Sanctus*, comentario de las aclamaciones anteriores, que San Isidoro consideraba como una continuación de la iulación, y que en la Iglesia primitiva era efectivamente una parte de ella.

Esta última fórmula servía al mismo tiempo de introducción a la sexta oración, es decir, a la consagración, que es, según el arzobispo de Sevilla «la conformación del sacramento, a fin de que la oblación que se ofrece a Dios, santificada por el Espíritu Santo, sea conformada al cuerpo y a la sangre de Cristo.» La fórmula de la consagración empieza con las palabras *in qua nocte tradebatur*, y procede de los relatos de San Pablo y San Lucas. En esto la liturgia mozárabe está conforme con todas las liturgias orientales y se aparta de la tradición occidental—Roma, Milán, Francia, Africa—cuya fórmula de consagración está tomada de los Evangelios de San Mateo y San Marcos, empezando de esta otra manera: *pridie quam pateretur.*

Hay, sin embargo, un detalle curioso, y es que la oración que sigue a la consagración se llamaba entre los mozárabes *Post pridie*, lo cual indicaría que hubo un tiempo en que España estaba en este punto esencial conforme con las demás Iglesias occidentales. Es posible que esa forma oriental de la consagración se deba a la influencia bizantina de los siglos VI y VII. La consagración terminaba con estas palabras, inspiradas en San Pablo, que se encuentran en todas las liturgias, desde la liturgia de las Constituciones Apostólicas, menos en la romana: *Quotieseunque manducabitis panem hunc et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat in claritate de cœlis.* Este último inciso, conservado de una manera particular en España, podría pertenecer a los *agrafa*, que guardaban con veneración los primeros cristianos. Dice San Isidoro, que la consagración se hacía por la bendición del sacerdote, y en efecto, el sacerdote trazaba la señal de la cruz sobre el pan y sobre el vino. La misma costumbre existió en Africa, pues nos dice San Agustín que «por la cruz se consagra el cuerpo de Cristo.»

Al empezar la consagración, el celebrante bajaba la voz, y por eso esta parte del sacrificio se llamaba *missa secreta;* aunque más probablemente la palabra *secreta* debe tomarse aquí en su primero y más racional sentido de *apartada, separada.* En la liturgia romana el sacerdote podía bajar la voz, porque el misterio se desarrollaba en presencia del público; en cambio las liturgias orientales ocultaban a los ojos de los fieles este momento solemne de la misa corriendo las cortinas que

había cerca del altar. Sólo por la voz del celebrante podía el pueblo seguir el desarrollo del misterio. Lo mismo sucedía en España, y así se explica como al fin de la consagración podía prorrumpir el pueblo en esta exclamación, que tiene también sus similares en Oriente:

—*Sic credimus, Domine Jhesu.*

Con objeto de ocultar a las miradas de los fieles los momentos de la consumación del misterio, las iglesias españolas tenían su *iconóstasis,* lo mismo que las orientales, y todavía se ven en algunas de los siglos IX y X, como en Santa Cristina de Lena y en San Miguel de Escalada, las argollas, de las cuales pendían, por medio de poleas, los velos que ocultaban el santuario. «Los levitas, dice San Isidoro, cubren el arca del testamento, es decir, el ábside; pues no a todos les está permitido ver lo más alto de los misterios». [1]

Tras la consagración de las sagradas especies venía la última oración de la misa mozárabe que se llamaba *Post pridie* y tenía con frecuencia el acento de la *epiclesis* oriental. Seguían la *fracción* y la *conmixtión.* En este momento se hacía una elevación como en casi todas las liturgias [2] y durante ella se rezaba el símbolo de Constantinopla, el símbolo mayor, como decían los mozárabes. Esta práctica fué introducida por el tercer concilio de Granada (569) como protesta solemne contra el arrianismo, «a fin, dicen los Padres, de que la fe verdadera tenga un manifiesto testimonio, y también para que los ánimos de los pueblos se acerquen purificados a gustar el cuerpo y la sangre de Cristo». [3]

Vemos aquí una nueva influencia oriental. El mismo canon dice que lo preceptuado está *secundum forman orientalum ecclesiarum,* y uno de los más ilustres varones de aquel tiempo, el lusitano Juan Biclarense, nos dice en su crónica que las iglesias de oriente habían adoptado esta costumbre de rezar el Credo después de la consagración por inspiración del emperador Justino a mediados del siglo VI. [4] El Credo era rezado por todo el

(1) *Sti. Isidori De Eccles. Officiis,* l. II, cap. 8.

(2) Es la elevación primitiva y más venerable, pues la que hoy se considera como más importante en la liturgia romana no fué introducida hasta el siglo XI.

(3) *Concil. Tolet.* III, can. 2.

(4) *Johannis Biclar. Chiconicon* (Patrol. lat. T. LXXII. col. 863)

pueblo mientras el sacerdote tenía la Hostia levantada, como se hace aún en la capilla mozárabe de Toledo.

La *fracción* era también sumamente característica en nuestra antigua liturgia. Hacíase, naturalmente, antes del *Pater noster*, como en todas las iglesias de Occidente, incluso en Roma, donde San Gregorio cambió la costumbre primitiva para conformarse con los griegos. La Hostia se dividía en siete partes, que el sacerdote colocaba en forma de cruz, pronunciando al mismo tiempo siete palabras, correspondientes a otros tantos misterios: *Corporación, Natividad, Pasión, Muerte, Resurrección, Gloria, Reino.* Era la vida toda de Cristo resumida en aquel número misterioso de partículas. «Estos son los siete sellos», dice un códice del siglo XI; y el obispo visigodo Apringio de Beja, comentando el capítulo de los siete sellos del Apocalipsis, enseña «que esos sellos son los siete misterios principales de Cristo, a saber: Corporación, Natividad, Pasión, Muerte, Resurrección, Gloria y Reino»,[1] en lo cual aludía evidentemente a este rito peculiar de nuestra liturgia, que se remonta por lo menos al siglo VI. En el siglo XIII decía todavía Jacobo de Vitry, Obispo de Túsculo: «Los cristianos de Africa y España, que llamamos mozárabes, dividen la Sagrada Eucaristía unos en siete partes y otros en nueve.» [2] Esta última costumbre, al parecer más moderna, es la que hoy se sigue en la capilla de Toledo. Las dos partículas nuevas representan los misterios de la Circuncisión y la Aparición. La patena mozárabe de Silos, obra del siglo XI parece corresponder a la costumbre de dividir la Hostia en nueve partes, pues tiene en el centro una cruz y alrededor ocho lóbulos, donde se colocarían ocho de las partículas, después de haber echado la novena en el cáliz.

La fracción iba acompañada de una antífona, *Ad confractorium*, que corresponde al *Agnus Dei* de la liturgia romana, y al *Confractorium* de la milanesa. En tiempo pascual se repetía tres veces este grito triunfal, que aparece grabado en una patena española del siglo VII, conservada hoy en el British Museum. El Pater Noster, que se decía a continuación, era rezado por todos, lo mismo que en Africa; pues San Agustín exhortaba a los que no le sabían a aprenderlo en la iglesia, rezándolo con los demás. *Ab*

(1) Dom. M. Ferotin, *Aprinçius de Beja*, (Paris 1900) p. 32.
(2) G. Prado. O. S. B. *Manual Lit. Moz.* p. 106.

omnibus recitatur, dice todavía el antifonario de León en el siglo x. Rezábalo la muchedumbre con los brazos extendidos al cielo, como manda aún la liturgia de San Basilio; [1] *extensis ad coelum palmis*, se dice en la misa de Santa Cecilia; y con los ojos dirigidos hacia la altura: *mecum oculos in coelum attobite,* clama el sacerdote en la misa de los Siete Varones apostólicos.

En este punto de la misa había cierta confusión al principio del siglo VII. Algunos sacerdotes, siguiendo acaso ciertas influencias romanas, inmediatamente después de rezar la oración dominical, daban la comunión al pueblo, y después de ésta la bendición. Contra lo cual protestó el cuarto concilio de Toledo, presidido por San Isidoro, mandando que «a la fracción siguiese el Pater noster, al Pater noster la conjunción de las dos especies, a la conjunción la bendición, y a ésta la comunión.» [2] Al separar la fracción de la conjunción, el rito mozárabe se aparta del galicano, del milanés, del romano y del bizantino. En cambio, las palabras que decía el sacerdote al dejar caer la partícula en el cáliz, recuerdan en su primera parte el *Sancta Sanctis,* o sea el aviso diaconal griego; las restantes: *Conjunctio corporis et sanguinis*..., que dieron nombre a la ceremonia, son de tipo occidental.

La bendición era solemnemente anunciada por el diácono, que dirigiéndose al pueblo, decía: *Humillaos a la bendición.* Tenía un sentido semejante al de la absolución de la liturgia romana. Si el obispo estaba presente, era él quien la daba, pues en su presencia los sacerdotes no tenían derecho a bendecir al pueblo. [3] Esa bendición era triple, *sub sacramento trinæ invocationis,* como dice San Isidoro; y a cada invocación el pueblo respondía: *Amén.* Su colocación en este momento de la misa es lógico, pues sirve de preparación a la comunión. Según San Agustín, la Iglesia de Africa estaba conforme en esto con la de España. [4] Las liturgias orientales tienen también su equivalente, y es probable que primitivamente la bendición se daba también en Roma, antes de la comunión.

Durante la comunión cantábase la antífona *Ad accedentes,* propia de todas las liturgias y originaria de la liturgia de Jeru-

(1) Grancolas, «Les Anciennes liturgies» (Paris, 1697) I, 665.
(2) *Concil. Tolet. IV,* can. 18.
(3) *Concil. Hispal.* II, can. 7.
(4) *Epistola* CXLIX (Patr. Lat. XXXIII, 637.)

salén. [1] El primero que debía comulgar era el celebrante, cuya participación en los sagrados misterios era considerada como parte esencial de la misa. En el siglo VII había sacerdotes piadosos que tenían el gusto de celebrar varias misas cada día, pero sin comulgar más que en la última. Un concilio toledano dispuso que aunque los sacerdotes tenían derecho a decir diariamente todas las misas que quisieran, era con la obligación de comulgar en cada una de ellas. [2] Los sacerdotes y los levitas comulgaban al pie del altar; los demás clérigos en el coro, que estaba delante del altar; el pueblo fuera del coro. Daban la comunión los diáconos, «sin cuyo servicio, dice San Isidoro, el sacerdote no puede siquiera levantar el cáliz.» [3] Era siempre el diácono quien se le entregaba y quien daba a los fieles la orden de acercarse. De los diáconos Augurio y Eulogio se dice en la misa de San Fructuoso de Tarragona: «Augurio y Eulogio administran ahora la bebida de tu sangre a los que creen para la salvación.» [4]

Como en todas las liturgias antiguas, la comunión se daba bajo las dos especies, para lo cual se necesitaban grandes cálices, como el que mandó hacer hacia el 1050 Santo Domingo de Silos, y que por suerte se conserva aún. En los documentos medievales se nos habla de *cifos ex auro*, vasos de oro, que servían probablemente para este objeto. En tiempo de Recesvinto, el tercer concilio de Braga anatematizó a los sacerdotes que consagraban las uvas sin exprimir, para dar de esa manera más fácilmente la comunión, y también a los que mojaban un poco de pan en el vino, juntando así entrambas especies. Se ha de dar, decían los Padres, *seorsum panis et seorsum calix*. [5]

En un principio, cuando la misa se decía tan sólo los domingos y días festivos, todos los fieles asistentes a ella solían presentarse a comulgar. En el siglo VII la asistencia no suponía ya la comunión. «Hay algunos, dice San Isidoro, que defienden la comunión diaria, mientras no se interponga algún pecado, y tienen razón, con tal que se reciba ese pan, del cual dijo el Señor:

(1) San Cirilo, *Catedresis* XXIII, 20 (Patrol. Griega, XXIII, 1124).
(2) *Concil. Tol.* XII, can. 5.
(3) *De Ecclesiast. Offic.* l. II, cap. 8.
(4) *Liber Sacram. mozár.*, col. 107.
(5) *Concil. Bracar.* III, can. 1.

Panem nostrum cotidianum da nobis hodie, con religión, devoción y humildad... El que ya ha dejado de pecar, no dude en acercarse.» [1] De hecho, en su tiempo, la mayor parte de los fieles no comulgaban más que los días festivos, como se ve por este canon de un concilio de Mérida (666): «Es sabido que los *días de fiesta*, cuando los fieles se acercan a comulgar, dan en calidad de ofrenda, y siguiendo una vieja costumbre, alguna cantidad de dinero.» [2] Esta cantidad había venido a reemplazar a los elementos mismos del sacrificio, que en los primeros tiempos de la Iglesia presentaban los fieles.

Con la comunión terminaba la misa mozárabe. El sacerdote saludaba al público con las palabras de costumbre; el público respondía, y el diácono daba la orden de salida:

—*Misa acta est.* «La misa se ha terminado. En el nombre del Señor, vayámonos en paz.»

—*Deo gracias*, respondían todos.

En época tardía hubo una tendencia a añadir antes de estas fórmulas una oración, que corresponde a la postcomunión romana, y que se llamó *completuria*. Se debe, sin duda, a un influjo romano-galicano. La *completuria* solamente se encuentra en las misas compuestas después de la invasión musulmana, como las dos de la Asunción y la de San Clemente; y en algunas misas de días solemnes clásicos en que comulgaban todos los cristianos, como en Pentecostés y Pascua de Resurrección. Probablemente en este último caso, la *completuria* es una adición posterior.

Tal es el cuadro auténtico de la misa mozárabe, muy distinto, por cierto, del que nos ofrece la misa que se celebra actualmente en la capilla del Santo Cristo de la Catedral de Toledo. Como se ha podido ver, hay en él elementos característicos y exclusivos de nuestra liturgia, y hay otros que son comunes a otras liturgias orientales y occidentales. En primer lugar, es innegable el parentesco de nuestro rito con el rito galicano; por eso desde Duchesne se viene clasificando a nuestra liturgia entre el grupo de liturgias galicanas. Denominación arbitraria y absurda, que empieza a abandonarse, porque induciría a creer que la liturgia mozárabe viene de Francia, cuando es todo lo contrario. «El

(1) *De Eccles. Offic.* I, 18.
(2) *Concil Emerit.* can. 14.

reino visigodo, establecido en España, estuvo largo tiempo cabalgando sobre los Pirineos, extendiéndose por la Galia meridional. Los usos y costumbres se confundieron, dando lugar a mutuas influencias, y probablemente, como sucede con frecuencia en nuestra historia, fué el Mediodía el que conquistó al Norte. En la liturgia debió suceder lo mismo.» (1)

Conocemos fragmentariamente la liturgia galicana del siglo VII por el *sacramentarium galicanum vetus*, por el *sacramentarium gotihicum*, por el *missale francorum* y por las misas de Mone. Antes sólo encontramos algunas citas de Gregorio de Tours, y algunos cánones conciliares. El documento más interesante es el que sirvió a Duchesne para su teoría de las liturgias galicanas; las *cartas de San German de Auxerre*, que se creían del siglo V, no son de San German ni del siglo V. «Son una redacción anónima compuesta siglo y medio más tarde, al fin del VII... La influencia visigoda es en ellas evidente». (2)

No faltan tampoco a nuestra misa mozárabe semejanzas con la de Milán. Se ha dicho que Milán fué en los siglos IV y V un centro de evolución litúrgica. Es verdad que las disensiones que hubo por ese tiempo en la Iglesia española, pusieron en contacto a nuestros obispos con los de Milán, que entonces eran los de la corte; pero estas mismas relaciones, que la liturgia española tiene con la de Milán, las tiene con las demás liturgias occidentales. Hasta hoy no se puede asegurar nada sobre la influencia milanesa en nuestro rito.

La comparación con la romana es más difícil, porque ha evolucionado mucho más que ninguna otra. Puede ser verdad lo que hablando del rito español dice San Isidoro: «El orden de la misa fué originariamente instituído por San Pedro. (3) Si realmente vino de Roma, esto debió ser en un tiempo en que aún no existía diferenciación de liturgias. Por eso no tiene sentido el decir que nuestra liturgia procede de Roma, del Oriente, de Milán o de Francia. Siendo la cristiandad en España tan antigua casi como el cristianismo, la liturgia, y muy particularmente la liturgia de la misa, debe remontarse a la misma antigüedad. Después se

(1) Dom. F. Cabrol, Les Origines Liturgiques, p. 116.
(2) Don Wilmart, *Dict. d' Archeol. et de Lit.*, VI, 1102.
(3) De *Eccles. Offic.* I, 15.

desarrolló, evolucionó según el ritmo universal, pero sin dejar por eso de adquirir sus características propias en armonía con la naturaleza del país y de la raza y en virtud de las influencias externas. Si vamos a juzgar, por lo que conocemos de nuestra historia eclesiástica, en un principio estas influencias vinieron sobre todo del Africa, el Africa de San Cipriano, de San Agustín y de San Fulgencio. En el siglo VI y el siguiente se hacen sentir numerosas influencias bizantinas. Son tantas, que han dado motivo a que nuestra liturgia fuese por algunos clasificada entre las orientales. Lo bizantino estaba entonces de moda en la Península. Muchos obispos españoles habían pasado largas temporadas en Constantinopla; y varias iglesias fueron gobernadas por prelados orientales. Las misas de este tiempo, por ejemplo las de Santa María, Santa Leocadia y Santa Eulalia, tienen textos griegos muy complicados.

Los usos romanos pugnaban también por entrar en nuestro rito, pero los concilios toledanos, y esto es digno de notarse, les cerraron la entrada con pretexto de que iban contra las costumbres establecidas. En la provincia de Galicia fué suprimida la liturgia romana, que se observaba allí desde hacía un siglo. Había una tendencia nacionalista que podía terminar mal y que dió lugar a varios roces con Roma. En cambio, después de la invasión, la influencia romana reemplaza a la de Bizancio. Antes de suprimir nuestra liturgia, había sido desfigurada por la acción romano-galicana. No solamente penetraron numerosos textos, sino que las mismas rúbricas recibieron cambios considerables, sobre todo en la misa.

En resumen, el análisis de la misa nos revela en la liturgia española una de las ramas más ricas del tronco occidental, que saliendo del tipo universal primitivo, se desarrolla conforme al genio racial con influencias, primero africanas y tal vez milanesas, después orientales y particularmente bizantinas, y finalmente romanas.

Fr. Justo Pérez de Urbel